

LA AURORA

AÑO I

San José de Costa Rica, A. C., viernes 16 de diciembre de 1904

Nº 28

SUMARIO

Respuesta.....	R. B. M.
La anarquía definida.....	Guyau
Meditaciones.....	M.
Revelación.....	L. B.
Las puertas.....	J. M. R.
Carta.....	R. B. M.
El buen tirano.....	Diderot
Sección Práctica.....	
Información.....	
Cables.....	

GERENTE: ROBERTO BRENES MESAÉN

Respuesta

Un artículo publicado en este diario titulado "La primera piedra" ha despertado toda la cólera de un colaborador de *La Unión* y las objeciones de un "Reaccionario". Aquella no puede ser contestada sino con el desprecio. Estas son dignas de respuesta porque en ellas aparece el deseo de razonar.

Dice el adversario de J. M.: "Si el Liceo es el baluarte contra la fortaleza de Seminario claro es que las enseñanzas de aquel son polarmente opuestas a la de este; es decir que son francamente anticristianas".

Por el contrario, el Liceo, en su enseñanza es absolutamente cristiano desde un punto de vista y exclusivamente científico desde otro.

Allí se trató de inspirar un amor profundo por la veracidad y por la justicia; por el deber independiente de toda consideración interesada y por los hombres en general, independientemente de sus creencias y sus errores.

Si en el Seminario se inspira aborrecimiento por la justicia, si allí se enseña a amar sólo a los hombres que profesan determinadas creencias la enseñanza es polarmente opuesta.

Hemos enseñado que la religión profesada por cada cual no debe ser un obstáculo para que tributemos respeto y consideración a los hombres que por sus virtudes los merecen; les hemos recordado la parábola del Buen Samaritano. Es esto enseñanza anticristiana?

También nos propusimos despertar en los alumnos un profundo sentimiento de libertad; pero esto tampoco es anticristiano. No piden libertad los colaboradores de *La Unión*? Son anarquistas por eso? Si, en el caso de que pedir la mayor suma de libertad se llame anarquía. Pongan atención, señores. Los caballeros de *La Unión* proclaman la libertad de enseñanza y ella implica en cierto modo, la libertad de pensamiento. Pues bien, los católicos llaman herejes a los que piden francamente la libertad de pensamiento.

La enseñanza del Liceo, por otra parte, es exclusivamente científica. Allí no se ha propuesto nadie difundir creencias religiosas, sino instruir por los caminos de la investigación propia, con el auxilio del profesor. En donde está ese anticristianismo? El Seminario procederá con seguridad

de igual modo, porque sus profesores son personas que estudian y se hallan al tanto de los métodos alemanes que indudablemente son los más científicos.

La última acusación que se hace a nuestro colaborador J. M. es que es anarquista. Bien. Si amar la justicia, si trabajar por adquirir la mayor suma de libertad, si desear la educación del pueblo y la asociación de los hombres es ser anarquista, lo son los entendimientos y los corazones más generosos del mundo.

R. BRENES MESAÉN

La anarquía definida

La asociación, entrabada hasta hoy por las leyes, la ignorancia, los prejuicios, las dificultades de las comunicaciones, que son una dificultad para la reconciliación, etc., no ha comenzado sino en este siglo a mostrar todo su poder. Llegará sin duda un día en que asociaciones de todas clases cubrirán el globo, en que todo se hará por asociación, en que se formarán en el gran cuerpo social grupos sin número, de aspecto el más diverso, se disolverán con igual facilidad, circularán en todas direcciones, en todas partes.

El tipo, al cual toda asociación debe buscar aproximarse, es a aquel que mira a la vez el ideal del socialismo y el del individualismo, es decir aquel que dará al individuo la mayor seguridad en el presente y en el futuro, dándole también la mayor libertad. Una asociación de este género es desde luego una seguridad: de una parte, hace proteger al individuo por una inmensa fuerza puesta en común; por otra, no exige del individuo sino un mínimum de contribución, lo deja en libertad de entrar ó salir a su gusto de la asociación, lo protege en fin sin imponer nada.

La sin razón de las religiones y también de los sistemas socialistas, la hemos ya señalado, es la de estar figurado hasta aquí el individuo como presentando un tipo moral é intelectual único. Los seres humanos no son ni interior ni exteriormente figuras de cera copiadas sobre un mismo patrón; la psicología y la fisiología de los pueblos — ciencias todavía en embrión — nos mostrarán un día toda la diversidad que existe en las razas y que por fenómenos de atavismo sin número, traen bruscamente la heterogeneidad al seno de los tipos más correctos. El sentimiento religioso, metafísico y moral, debe tomar un día todas las formas, provocar todos los agrupamientos sociales, hacerse para los unos individualista, socialista para los otros, a fin de que los diferentes géneros de espíritus puedan aproximarse y calmarse, bajo la sola condición de guardar toda su independencia, de no alterar en nada la libertad de sus creencias por la acción de ponerse en común. Entre más unido se esté, más independiente se debe ser, es precio compartirlo todo sin que por esto haya que enajenar nada; las conciencias pueden hacerse transparentes una para otra sin perder en nada la soltura de sus mo-

vimientos. El porvenir, en una palabra, es de la asociación, siempre que esta sea de las libertades que se asocian, y para aumentar su libertad, no para sacrificarla.

M. GUYAU.

(*L'Irréligion de l'avenir*).

Meditaciones

PRIMER FRAGMENTO

Hace poco, conversando con una amiga mía llegamos a hablar de religión y ella después de varias preguntas me dijo: — "¿Cree Ud. en el Limbo, en ese lugar a donde van los niños que mueren sin ser bautizados?"

No le contesté a su pregunta sino que le dije: — "¿Cree Ud. que Dios es infinitamente bueno?" — "Sí," me respondió, "infinitamente bueno" — Entonces, la dije, yo no creo en el Limbo. Porque si Dios llama a su presencia el alma de un niño no es para castigarla porque no haya sido bautizado."

Ella no me replicó nada, pero después me dijo: — "Es que tenemos que creer porque la Iglesia nos lo manda."

Aquí tuvo que terminar nuestra sencilla discusión: sería imposible de otra manera pues dos elementos absolutamente contrarios entrarían en la lucha: la lógica por un lado y el dogma indiscutible por el otro.

"Tenemos que creer porque la Iglesia nos lo manda." Todavía resuenan en mis oídos esas palabras pronunciadas por mi amiga, con esa fé del corazón propia en la mujer; todavía resuenan y ellas me hacen ver el poder tan grande que se puede tener cuando se empuñan las armas de la religión.

Mi amiga podría haberme dicho: "Tiene Ud. razón, el limbo es una quimera, una poesía de los primeros padres de la Iglesia ó algo por el estilo," pero ella temía algo que le impedía pronunciar esas palabras, algo muy poderoso que le amordazaba su pensamiento con una potencia titánica.

"Si no creéis en lo que manda la Iglesia, vuestras almas serán condenadas al castigo eterno."

Estas palabras pronunciadas por un ministro de la Iglesia causan temor en la mente de muchos, sobre todo en la mente de una mujer.

¿Qué mayor crimen puede existir que amordazar la mente humana? Hoy por hoy todos esos dogmas nacidos de la ignorancia y del temor humanos, sirven de base para manejar al pueblo ignorante y sencillo que se deja atraer a romerías y peregrinaciones, suspendiendo su honrado trabajo para trocarlo por salmos y bendiciones acompañados de sahumeros de incienso.

Cuántas veces, cuando veo pasar a lo lejos esos peregrinos, me pregunto: ¿Cómo puede haber personas que crean en una quimera semejante? Y entonces desde lo más profundo de mi conciencia y desde lo más íntimo de mi corazón sale una protesta contra esos inculcadores de dogmas fantásti-

cos que no hacen otra cosa que especular con un pueblo sencillo y fácil de sugerir.

¡Ah! que poderosa es la sugestión y sobre todo esa sugestión lenta y monótona que ha sido transmitida siglo tras siglo hasta nuestros días.

La revelación

De pie en la arcillosa línea de la solitaria carretera, parecía el sacerdote querer descubrir el horizonte que a su frente recortaba la aguda prominencia de una montaña.

A lo lejos, y en aquella dirección, había un rancho, vivienda miserable de honrados campesinos. Apareció en el umbral un niño como de 8 á 10 años. A una señal del sacerdote, la criatura emprendió veloz carrera, llegando jadeante, sumiso, alegre, á los pies del noble Padre.

—Hola, Moncho, qué tal los tatas?

— Bien, señor Cura. ¿Qué manda?

El sacerdote, anciano venerable, era de complexión robusta, color moreno, ojos hondos y brillantes. Había pasado veinticinco años ejerciendo su ministerio en aquel apartado pueblo, y allí había deitado pasivamente su criterio individual, no preocupándose de mejorar el rebaño á su cargo.

El paso de una comisión científica que iba á fijar los límites entre dos naciones vecinas, dejó como al azar, en la vivienda del sacerdote, varios periódicos.

— Toma, lee este papel, dijo el Padre, desdoblando cuidadosamente un periódico, en el que se leían con negros y visibles caracteres, este título: *La revolución religiosa*.

Apartáronse un poco del camino, y sentáronse en una pequeña prominencia del lugar, desde donde se colimbraba el espectáculo siempre original de la campestral, herida débilmente por los oblicuos rayos del sol que se extinguía.

(Lee el niño). — "Como medio de unión más ó menos inconsciente á las ideas trascendentales, la religión, es, en resumen, un resto excesivamente repartido todavía de la infancia de la humanidad."

La fisiología, la mitología comparada y la etnografía han aportado ya un numeroso contingente á la historia del nacimiento y desarrollo del pensamiento religioso; la psicología ha intentado con éxito descubrir las propiedades psíquicas que debieron guiar al hombre primitivo á la idea de lo sobrenatural, y tener unido á ella hasta el hombre civilizado. Han sido necesarios millares de siglos de cultura, para que, después de pensadores como Pitágoras, Sócrates y Platón, un hombre llegase á reconocer ciertas nociones como no esenciales, como simples formas ó categorías de nuestro pensamiento.

Todos los viajeros que han podido observar á los salvajes, reconocen unánimemente que el sentimiento religioso se manifiesta en ellos tan sólo bajo la